

Qué opinan los Bibliotecarios Progresistas

Una perspectiva internacional

Ponencia presentada en la *International Library Conference de AKRIBIE*
en el Instituto Dr. Karl-Renner de Viena en el año 2000

Mark Rosenzweig
Co-Editor *Progressive Librarians*
Co-Fundador *Progressive Librarians Guild*

Los bibliotecarios progresistas creemos que las bibliotecas pueden ser, o deben ser, defensoras y promotoras del “derecho a saber” de la población, y de su derecho a acceder a todo el capital cultural producido por la sociedad. A lo largo del tiempo este capital ha sido, en su mayor parte, creado, distribuido y acumulado por instituciones sociales basadas en la explotación, el mantenimiento violento de la injusticia, la desigualdad estructural, y la privación generalizada de los derechos de ciudadanía. Este es un capital que representa nuestra herencia colectiva común a pesar de todo esto, o quizá por todo esto, dado el precio que se ha pagado, y que incluso en esta época “democrática” se sigue pagando.

Nuestra visión de las bibliotecas supone que se pueda acceder a todos los ámbitos de la literatura y del arte, de los productos culturales, así como la información científica y técnica, incluyendo los llamados documentos del gobierno y la información para-estatal. Supone que se pueda acceder a puntos

de vista alternativos sobre temas sociales, económicos, políticos, científicos y culturales. Esto debe ser así cuando hablamos de bibliotecas públicas, escolares, universitarias o del gobierno.

Para nosotros, las bibliotecas deben ser consideradas como una parte esencial de la infraestructura cultural y educativa de las sociedades democráticas, como agentes institucionales, de hecho, en la preservación y difusión de la democracia. Deben estar vinculadas intelectualmente a los debates de las escuelas, universidades, museos e institutos como parte del sistema de infraestructuras que es vital para el desarrollo de las naciones y de los pueblos, y deben ser una clave para lograr superar con éxito los obstáculos en el sano desarrollo de sociedades plenamente democráticas. Unos ciudadanos cultos, educados y con espíritu crítico son un requisito indispensable para el desarrollo –y el mantenimiento– de programas, prácticas e instituciones democráticas.

Una red de bibliotecas nacional e internacional, constituye una universidad sin fronteras amplia y global, accesible a todos, al menos potencialmente. Todas las barreras que impidan su acceso (incluyendo formas invisibles de exclusión social y aquellas basadas históricamente en la raza, la clase social, la etnia, el género, los niveles en el desarrollo nacional y la posición en la economía global, el llamado “subdesarrollo”, por no citar discriminaciones individuales más obvias e inmediatas basadas en la edad, la condición física, la orientación sexual, etcétera) deben ser identificadas de forma consciente, analizadas, y eliminadas progresivamente, de manera que este material básico que recopilan, documentan, organizan y preservan las bibliotecas y las instituciones relacionadas sean realmente la herencia común de la humanidad, dentro de un esfuerzo internacional (ahora cada vez mayor) para lograr un mundo mejor, más feliz, más justo, menos violento y más saludable.

Podríamos decir que el desarrollo nacional e internacional de las bibliotecas, facilitado por los avances tecnológicos, representa una forma de lo que denominamos “globalización democrática”.

Como cabía esperar en los albores del siglo XXI, esto va en contra de la poderosa globalización *empresarial*, contra sus instituciones y sus políticas basadas en el mercado. La globalización *empresarial* se basa en la inexorable obsesión económica por el beneficio privado, el poder de las compañías multinacionales, del capital organizado, de los gestores del capital financiero mundial de los bancos y los monopolios (cada vez más alejados de cualquier posible control democrático), liberados por las destructivas políticas neoliberales que se imponen a los gobiernos, o que estos aceptan activamente. Esta globalización sustituye y destruye cualquier tipo de mecanismo o compromiso social elemental.

Los bibliotecarios progresistas deben defender en todas partes la sociedad civil, el ámbito de la cultura democrática y el sector público, por medio de la acción organizada, la educación pública, la información, la difusión, la formación de alianzas, la movilización del electorado y de los colectivos, y con prácticas de resistencia que vayan de lo local a lo global.

El neoliberalismo y la globalización empresarial corrompen el entramado social que la humanidad ha ido tejiendo a lo largo de siglos de lucha, y amenazan nuestro patrimonio común y nuestros derechos elementales, naturales y culturales.

Para que los bibliotecarios sigan siendo relevantes, deben participar cada vez más en el mantenimiento, la promoción y la defensa de una esfera vital (esperemos que cada vez mayor) que no esté invadida ni dirigida por lo comercial, que no acepte la desigualdad de recursos, ni la homogeneización de las culturas. Debemos luchar para promover la diversidad, el respeto y la comprensión intercultural, la sociedad libre a través de la educación sin fronteras. Debemos luchar para promover la cooperación de instituciones dedicadas al desarrollo humano, sin ánimo de lucro, que consideren el desarrollo de la humanidad como un fin en sí mismo.

Uno de los principales problemas con que los trabajadores de la cultura nos enfrentamos es cómo encontrar los mecanismos que movilicen recursos culturales e instituciones de modo que se reduzcan –y eventualmente se eliminen– las barreras producidas por lo que llaman “la desigualdad en la información”, una desigualdad que se da entre personas, colectivos y naciones. Como progresistas, planteamos que este no es un problema que se vaya a resolver automática o virtualmente por medio de los avances tecnológicos, una ilusión que es muy frecuente en nuestro campo.

Un desarrollo humano sostenible y saludable en un entorno que tiende a la democracia (algo que debe trabajarse, y que de ninguna manera “viene dado”) sólo es posible si instituciones como las bibliotecas, que intentan defenderse de amenazas crecientes, y personas como nosotros, los bibliotecarios, decidimos promover ese desarrollo, a contracorriente, de una forma activa, consciente, programada y práctica.

Creo que la idea del desarrollo sostenible es un concepto muy importante para nosotros, porque a menudo estamos bajo la presión del cambio tecnológico en el ámbito de la información. Incluso en los países más ricos, nos vemos empujados a ir más allá de los límites de lo sostenible, de manera que una crisis podría significar la desaparición irreversible de esas ideas o proyectos que

“Los bibliotecarios progresistas creemos que las bibliotecas pueden ser, o deben ser, defensoras y promotoras del ‘derecho a saber’ de la población, y de su derecho a acceder a todo el capital cultural producido por la sociedad”

creíamos que la tecnología nos iba ayudar a resolver.

Puede ser muy destructivo que no se evalúen críticamente las necesidades informativas de estas comunidades –de las que somos responsables–, ni los recursos disponibles a largo plazo de esas hiperpromocionadas tecnologías, que están basadas en una obsolescencia planificada, y que son efímeras debido a la lógica de mercado que rige su desarrollo.

En muchos casos corremos el riesgo de ser esclavos de una lógica según la cual las bibliotecas, que son instituciones sociales enraizadas en las comunidades y sensibles a sus necesidades, serían desplazadas por dispositivos institucionales y tecnológicos (con un énfasis cada vez mayor en la “no intermediación”), cuyo funcionamiento dejaría tras de sí sólo las ruinas de organizaciones y servicios que hemos desarrollado durante siglos.

Para que las bibliotecas sean una fuerza internacional para el desarrollo democrático, las propias bibliotecas y el campo de la biblioteconomía deben democratizarse. Los bibliotecarios progresistas debemos promover cambios en nuestros puestos de trabajo para que las relaciones se basen en el respeto mutuo, haya una toma de decisiones colectiva, interdisciplinariedad, valoración de las capacidades y experiencia de los demás, y un compromiso para facilitar a todos los trabajadores de las bibliotecas una formación continua sobre las bibliotecas, en el puesto de trabajo y también por medio de programas escolares de bibliotecas. Debemos ser un recurso para atraer hacia nuestra profesión a aquellas personas que pertenecen a grupos que han sido marginados social y económicamente por la discriminación y el racismo, y asegurarles una compensación, formación y oportunidades para su desarrollo.

De igual modo, nosotros que vivimos en el llamado mundo desarrollado (de capitalismo) debemos respetar, apoyar y relacionarnos activamente con los proyectos de los países más pobres, cuya situación estructural en la economía global amenaza con empeorar sus perspectivas más inmediatas. De este modo podremos desarrollar una infraestructura de información que refleje las necesidades de amplias capas de la población, sin fomentar la incorporación de estas naciones al “nuevo orden mundial”,

que les ofrece promesas y a la vez agita el bastón de la coacción económica, un orden donde sus identidades culturales se verían anuladas por la “MacDonalización”.

Hay quien dice que no hay que mezclar la biblioteconomía con tomar partido. Yo rechazo esta idea, y creo que tomar partido es algo profundamente arraigado (negativa y positivamente, desde luego) en la ética de los bibliotecarios, y que nos es necesario para continuar fomentando en nuestros círculos profesionales ese compromiso social que implica la biblioteconomía.

En los Estados Unidos –donde la corriente dominante actual de los bibliotecarios insiste en que la biblioteconomía es neutra en cuanto a sus valores– la profesión tiene, no obstante, una serie de compromisos, como se refleja en los documentos sobre sus propios principios (Asociación Americana de Bibliotecas, ALA).

Estos compromisos incluyen, explícita o implícitamente, la defensa de la libertad de expresión y la protección de la crítica, los derechos a la intimidad y a la libertad de pensamiento, el progreso del bienestar común, la salud, la seguridad y la paz, los derechos humanos y los acuerdos que los protegen, la eliminación de barreras sociales y económicas en el acceso a la información y a los recursos culturales, la erradicación del analfabetismo y de las desigualdades educativas, superar las diferencias de información/tecnología entre ricos y pobres, valorar y promover la diversidad cultural y facilitar el mayor espectro posible de opiniones y puntos de vista críticos en todos los medios de comunicación, apoyar la lucha de los afroamericanos para superar las secuelas de la esclavitud y del racismo que aún existen en nuestra sociedad, la lucha de los asiático-americanos para superar los estereotipos y la intolerancia racial, las justas demandas territoriales de los pueblos indígenas, el progreso y la protección de los derechos de las mujeres, incluyendo el derecho al aborto, afianzar los derechos de los homosexuales y de las minorías sexuales, el fin del antisemitismo y los derechos de las minorías nacionales, los derechos de los trabajadores y el respeto de su ejercicio, los derechos de los niños a un entorno menos restrictivo para el ejercicio de su curiosidad intelectual, el respeto por las necesidades de desarrollo y la mayor autonomía de los

“Nuestra visión de las bibliotecas supone que se pueda acceder a puntos de vista alternativos sobre temas sociales, económicos, políticos, científicos y culturales. Esto debe ser así cuando hablamos de bibliotecas públicas, escolares, universitarias o del gobierno”
